

JUAN CÁRDENAS
Elástico de sombra

OSIDIOS ESTÉTICOS



Elástico de sombra
JUAN CÁRDENAS

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © JUAN CÁRDENAS, 2019
C/O INDENT LITERARY AGENCY
www.indentagency.com

Primera edición: 2020

Imagen de portada
Candombe de carnaval, PEDRO FIGARI (1861-1938), c. 1932,
óleo sobre cartón (32 x 38,5 cm). MUSEO DE BELLAS ARTES, Buenos Aires

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. de C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-18342-09-7

Impreso en España

NOTA LIMINAR

Todas las historias incluidas en esta breve novela fueron recogidas en la zona norte del departamento del Cauca y el valle del río Patía, al suroccidente de Colombia, en el transcurso de mis investigaciones con el Instituto Caro y Cuervo sobre la esgrima de machete, también conocida como «grima», un arte marcial negro de origen incierto –actualmente en una fase vestigial o de ruina–. Mis principales interlocutores fueron los maestros Héctor Elías Sandoval y Miguel Lourido, macheteros de la Academia de Esgrima de Machete de Puerto Tejada, a quienes dedico este libro.

Agradezco asimismo a la profesora Paloma Muñoz Nández, de la Universidad del Cauca, cuyas investigaciones sobre los violines negros del Patía fueron una inspiración y una guía para mi trabajo.

Con este libro espero contribuir a la memoria y el presente de las luchas negras de toda América, además de ofrecer herramientas para el que sin duda es el proyecto más urgente de la cultura universal, a saber, la aniquilación definitiva del Hombre Blanco.

UNO

Los dos maestros sudaban aguapanela hirviendo, apenas protegidos por las latas agujereadas del paradero de buses. Llevaban más de una hora esperando y don Sando, el anciano maestro, maestro de maestros, empezó a pensar que el sol ya estaba con ganas de hornearlos, de quemarles hasta el último concho de manteca humana y dejarlos convertidos en dos carboncitos secos. Miguel, su veterano alumno, el contramaestro, como se les suele llamar en buena jerga machetera, se abanicaba con una cachucha blanca. Era casi mediodía y el viento estaba guardado en su cueva: don Sando sabía por experiencia que el viento tiene la casa en una cueva de los Farallones y hay gente osada –gente atembada también– que hasta se ha ido a buscar la casa del viento y no se ha vuelto a saber de ella, porque el viento agarra a esa gente, le dice cosas al oído y la enloquece. Luego se la lleva para su cueva y allá adentro se la come y no deja ni los huesos. El viento debía de estar comiendo mucha gente en su cueva porque esa mañana no había bajado al valle ni un solo ratico y los cañaduzales se miraban tiesos, mudos, como soldados al acecho, a punto de invadir un país. Ésa fue la ocurrencia de don Sando, acosado por un calor que no era normal. Un calor del fin de los tiempos.

Una seguidilla de volquetas cargadas de materiales de construcción dejó a su paso una nube de polvo gris y espeso que envolvió a los dos maestros durante largos segundos.

Hubo toses, protestas, Miguel se permitió un hijueputazo y don Sandó..., don Sandó seguía pensando en el viento, en cómo al viento le cambia el carácter según baja de la montaña, porque acá en el valle se vuelve manso, dulce, buen conversador y hasta con dotes de sabio. Se lo extraña cuando no baja, señor Viento, dijo don Sandó entre dientes para que Miguel no alcanzara a escucharlo. Igual Miguel no estaba prestando atención porque seguía sacudiéndose el polvo.

Este don Viento sí es cosa seria, pensó don Sandó. A veces de puro travieso baja muy rápido, sobre todo por las noches, y si lo agarra a uno mal parado se le mete en el puro ñervo tendónoso y provoca agarrotamientos que duran hasta una semana. A don Apolino vino un día y le pegó tal juetazo que le paralizó la cara de por vida, vaya a saber por qué se ensañó así con él. Yo a veces creo que fue por envidia, ¿no ve que don Apolino era buen mozo? Cómo no, y el Viento, dicen los que lo han visto, tiene una cara muy fea, como de trompetista, siempre con los cachetes inflados de huesos triturados y la frente arrugada por el esfuerzo perpetuo de ser quien es.

Don Sandó se había enfrentado a don Apolino en cuatro ocasiones y, aunque había logrado vencerlo en todas, no tenía un buen recuerdo de esos combates. Don Apolino era mañoso, además de gran machetero y por ahí decían que tenía su secreto, aunque no se sabía muy bien en qué consistía ese secreto, pues al fin y al cabo secreto es secreto. Algunos hablaban de pactos con entidades maléficas, de brujas, pero don Sandó sabía que la mitad de todo secreto son rumores que el propio machetero pone a circular como plata falsa. De cualquier forma, en

esos cuatro combates, don Sandó se impuso con pujanza, tirando de todo su repertorio, apelando a toda su astucia. No es fácil porfiar con un machetero que tiene la cara paralizada, porque los gestos que se pintan en un rostro son como un pizarrón donde se van escribiendo los movimientos futuros del rival. Ojo y más ojo, repetía don Sandó a sus alumnos. Visual y más visual. El que juega es el ojo y es el ojo el que lee.

Don Sandó pensó entonces que quizá el Viento le había propinado su juetazo paralizante a don Apolino para ponerlo a prueba, para enseñarle algo y hacerle ganar nuevas destrezas. Oiga, don Viento, ¿no será que usted es mi aliado, mi profesor?, volvió a muscurrullar don Sandó. El viejo machetero alcanzó a morder sus palabras por la cola cuando trataban de salir volando de su boca.

Esta vez Miguel sí oyó un bisbís pero supuso que su maestro estaría rezando o maldiciendo.

Don Sandó sacó la cabeza de todo ese ventarrón de pensamientos y miró a Miguel para preguntarle si se sabía algo del pisco. No, maestro, yo le mandé un guasap hace ratico, pero me dejó en visto, informó Miguel.

El pisco al que se referían era un tal Cero, escritor blanquito, así medio cafeconleche, que vivía con el hocico metido en cosas de negros, lo que molestaba a algunos estudiosos que lo acusaban de ladrón y apropiadorcista de lo ajeno. Los maestros lo estaban esperando allí, en ese paradero ardiente, perdido en medio de una carretera secundaria, por disposición de don Sandó. De hecho, las palabras del viejo a la hora de dar las instrucciones habían sido claras y precisas, así y asá, hasta el código de vestimen-

ta, todos de blanco de la cabeza a los pies, rematando con una frase que ya se había vuelto sonsonete: Hay que seguir la voluntad de don Luis.

Lo que no había contemplado don Sandó era la posibilidad de que Cero, encargado de recogerlos en una camioneta prestada para hacer el viaje, se hubiera perdido en alguno de los muchos cruces de caminos arrojados como maldiciones por todo ese valle endemoniado. Ay, los cruces de caminos, pensó don Sandó... No sé cuáles son peores, si los que cortan en X o los que cortan en Y... En todos he tenido mis aventuras y desventuras.

A punto estaba el maestro de recordar algo importante sobre los cruces de caminos, cuando sintió que una brisa suave y fresca le acariciaba la cumbamba como hacen las mamás con sus quicatos. Ironías del viento, se sonrió para adentro don Sandó, dándole la bienvenida a su compañero, que empezó a sacudir alegremente los cañaduzales y a montar su bullosería de todas las tardes.

Al ratico llegó también Cero en su camioneta de color negro. Porque don Sandó había sido especificante hasta en eso: No me vaya a venir ni en carro blanco ni en carro café, mucho menos amarillo, si no, no podemos viajar. Así se lo había dicho a Cero, que se arrimó al paradero pidiendo disculpas por la demora y luego se bajó para ayudarles a los dos maestros a subir un equipaje más bien escaso: dos mochilas medianas, otros dos morralitos de lana y un estuche de cuero donde cargaban los machetes y los bordones de madera de guásimo. Cero notó que el maestro cargaba también una chuspa plástica de la que no quiso desprenderse cuando Miguel y él le ofrecieron ayuda para subirse al carro.

Una vez estuvo sentado en el asiento trasero de la camioneta, don Sando abrió un poquito la chuspa y miró satisfecho el contenido antes de volver a cerrarla con un nudo no muy apretado.

Cero tuvo la impresión de que el maestro llevaba algo vivo ahí metido, pero prefirió no hurgar mucho en sus imaginaciones porque no quería ser impertinente ni con el pensamiento.

Durante más de una hora atravesaron los cañaduzales por vías secundarias, siguiendo el mapa que don Sando había dibujado a mano en un cuaderno escolar.

En Guachené, antigua rochela de negros sembrada junto al río del mismo nombre, se detuvieron a refrescarse con refajo de Poker y Popular en una tienda. En la pared del negocio había fotos de todos los jugadores de fútbol oriundos de este valle, casi todos defensas centrales de gran estatura y poderío físico. Don Sando señaló la pared con el vaso todavía medio lleno y dijo que para ser machetero no había necesariamente que tener machete. Uno es machetero si tiene espíritu de machetero. Como don Luis, que en paz descansa, machetero de la cabeza a los pies.

Don Sando se refería a Luis Vidal, vecino de Puerto Tejada, cultor de varios estilos canónicos y último gran maestro de los juegos de Remonte y Granadino, fallecido recientemente después de una larga enfermedad.

A la final, ese viaje que acababan de iniciar era producto de un compromiso que don Sando había hecho con don Luis en el lecho de muerte del de más acasito, aunque los detalles de esa conversación permanecían en la oscuridad, incluso para Miguel,

que a duras penas sabía que el difunto don Luis debía pagar una promesa con ayuda de don Sando. Pero ¿promesa de qué? ¿A quién? ¿Pagar cómo? Todo era un misterio: los recorridos, los mapas, el color de la ropa, el color de la camioneta, en suma, el propósito del viaje al que tanto Miguel como Cero se habían prestado ciegamente por fidelidad y respeto a don Sando. Y, desde luego, para honrar la memoria de don Luis.

Cuando hubieron calmado la sed, caminaron hasta la orilla del río Guachené y allí don Sando se apartó de los demás y, dándoles la espalda, se puso a hurgar en su chuspa de plástico y a sacar cosas que luego depositaba en la corriente. ¿O más bien era que pescaba cosas en el río para luego meterlas a su chuspa? Miguel y Cero se hacían los desentendidos pero cada tanto intentaban ver qué era lo que hacía don Sando y qué tanto es que hurgaba allí, pero a esa distancia, por más que ambos michicateaban los ojos, ninguno vía nada. ¿Son pescaditos?, preguntó Cero y Miguel se encogió de hombros, arqueando la boca hacia abajo, pelando mucho lo blanco de los ojos.

De todos modos, Cero, que tenía por oficio escribir mamotretos, no dejaba de tomar nota en una libretica roja. ¡Oiga, y usted qué tanto es lo que escribe allí, vea!, le recriminó festivamente Miguel. Cero le mostró una hoja llena de garabatos, flechas y frases sueltas escritas en una letra que más parecía hormiguero emberracao. Miguel no le dio importancia y siguió pendiente de los movimientos de su maestro.

En ésas vieron llegar una chiva que de lo sucia y embarrada no se le distinguían ni los colores. El chofer parquió con el morro y las llantas delanteras del

camión metidas en la orillita panda y piedrosa del río, y después de bajarse de un brinco de su chiva, se puso a lavarla con un balde y unos trapos llenos de jabón. La mugre estaba tan pegoteada que no acababa de escurrir y al chofer le tocaba refregar mucho y baldear sin descanso.

Cero, que no sabía muy bien qué hacer o cómo dejar pasar ese tiempo que ya se le estaba volviendo tedioso, se acercó al hombre y le ofreció ayuda. Se estrecharon la mano medio blancucha con la mano negra y el chofer le dijo: Muchas gracias, caballero, no se ve gente como usted últimamente. De nada, amigo, de nada, contestó Cero, que sin perder un segundo se puso manos a la obra y a punta de balde y estropajo y jabón comenzó a despellejar el barro de las latas de la chiva. Y en siendo así, sobando sin tregua, fue que la coloriza de las pinturas salió a la luz nuevamente: Cero se quedó admirado porque allí se miraba un jurgo de bestias salvajes, peludas y no tanto, caribajitos y carisecas, vivos y cocinados, canastos con frutas, pajaritos, paisajes de las montañas, paisajes del valle, paisajes del mar, cielos de todos los tonos y hasta ciudades futurísticas con platillos voladores. ¡Ve, muy calidoso el que pintó esto!, dijo Cero. Y el chofer se sonrió henchido de orgullo: ¡Gracias, gracias!, dijo, ¡ahí le hacemos a la pintura también, en los pocos ratos que me deja el oficio de chofer! Pues lo felicito, amigo, dijo Cero, sin dejar de restregar la latonería ornamentada.

Después de que un ratote hubiera parido sus muchos raticos, después de que esos raticos crecieran y se fueran flotando río abajo, la labor conjunta de los dos hombres había dejado la chiva, como se dice, rechinante de limpieza. Nos quedó como monedita

nueva, dijo el chofer, con las manos en la cintura. Y Cero, también satisfecho, dio su aprobación a la tarea, soltó un resuello y se quejó del intenso calor. Venga, caballero, que lo invito a refrescarse, dijo el chofer. Y ambos subieron a la chiva, donde, en propiedad, comprobó Cero, había de todo para revirarle la calentura al sol dentro de una neverita de icopor: allí el chofer tenía encaletadas entre yelos unas cervezas, dos ponimaltas, varios helados de palito y una botella de viche bien escondida debajo de todo lo demás. Cero agarró un helado de mango verde y el chofer le alcanzó un salero que sacó de un compartimento junto a la caja de cambios. Mientras se refrescaban en medio de un silencio picadulzón, los dos hombres vieron llegar a Miguel y a don Sando, que, al parecer, ya había acabado de hacer sus ritos y sus cosas raras en el río. Vengan, vengan, dijo el chofer, bienvenidos, suban a tomar algo que este calor está muy violento.

Los dos maestros agradecieron el convite y se treparon a la chiva. Este hombre está preparado para todo, dijo Cero, señalando la neverita de icopor repleta de cosas para refrescarse. Hubo reparto de presentaciones y el vaivén de nombres. El chofer aclaró que se llamaba Iginio, pero no quiso decir el apellido.

Miguel agarró una cerveza y don Sando sólo un puñado de hielos que metió dentro de su famosa chuspita de plástico, antes de aplicársela en el cuello. Me vas a disculpar la grosería, dijo Miguel, después de unos sorbos de Poker, midiendo al chofer, ¿me dijo que se llamaba Iginio? Sí, señor, cómo no. Ahhh, siguió Miguel, que bebió un sorbo más, un sorbo largo para refrescarse bien la garganta antes

de volver a hablar, ¿y no será que yo te conozco a vos de algún lado? Iginio entonces abrió bien los ojos y examinó la cara de Miguel. Pues, lo cierto, amigo, es que a mí también me suena su cara, dijo el chofer. ¿Voj no soj Iginio Mina, el de Villarrica?, insistió Miguel. Y don Iginio dio un respingo en su asiento de chofer y se le puso cara, más que de sorprendido, de muerto en vida. Ole, ¿y voj quién soj y qué tanto es que me reconocés?, dijo, sin disimular que ese careo le salpuyaba alguna herida vieja. Iginio, yo soy Miguel Lourido, de Puerto Tejada, ¿no te acordás de mí? Trabajamos juntos en Cali hace como treinta años, en la embotelladora de Coca-Cola, hombre. Iginio pasó de la prevención al alivio en un segundo y, casi a los gritos, reconoció que claro, que se acordaba, cómo no se iba a acordar. Es que ha pasado mucho tiempo, se excusó, y ambos nos cataniamos mucho. Bueno, yo bastante más, claro, porque tuve una vida muy dura. Manito, dijo Miguel, confirmando que el chofer estaba mucho más perjudicado que él por los años, la cabeza llena de canas y la cara de quien envejece con una angustia perpetua, qué gusto verlo, qué sorpresa, hombre. Dónde se había metido, que ya no lo volvimos a ver. Uuuuy, no, si yo le contara, dijo Iginio, abriendo otra cerveza. Sólo que, en lugar de seguir contando, arrojó los ojos hacia el río como quien tira una línea para pescar y se quedó pensativo, con la lata húmeda chorreándole en la mano. La verdá es que no sé si contarles porque el cuento es largo, dijo por fin. Don Sando lo miraba con suspicacia, pero estaba tan picado de curiosidad como los demás, así que lo animó a que verseara su historia: Cuente nomás, señor, dijo, que del norte del Cauca no sale su cuento. Igi-

nio se rio del chiste, se acabó su cerveza de un trago y soltó un *ahhhhh*, que era de placer por haber matado a la sed y era sobre todo de solaz por hallarse entre gente buena que quisiera escucharlo contar.

Pues ustedes no me lo van a creer y hasta pensarán que se me corrió la peluca, dijo, pero, como sea, aquí va. Como bien recordó Miguel, yo soy de Villarrica, pueblo muy famoso porque allí hay mucha dama de aquéllas, ya me entienden ustedes, de las que hacen hablar a las piedras, de las que rezan al revés, de las que voltean la lengua ajena, de las que saben volar y hacer conjuro de amor, conjuro de odio y hasta hechizo pa ganar las elecciones departamentales. ¡Uyyy!, dijo don Sando, ¡yo en Villarrica no recibo ni un vaso de agua! ¡Allí me aguanto la sed, así me esté derritiendo, porque uno no sabe qué bellaquería le habrán metido!

Pues cuando yo era todavía muy pelaíto, cuando todavía trabajaba en la embotelladora de Coca-Cola, continuó Iginio, me fui a pasar un fin de semana en la casa de mi papá, allí en Villarrica. Y ese mismo sábado por la nohecita yo me arreglé porque me invitaron dizque a un baile, por allá en un rancho, en un crucero de caminos en pleno cañaduzal, y eso yo me fui todo contento estrenando muda y zapato recién traído de Buenaventura, llegamos allí con una galladita de amigos del pueblo, todos buenos pa'l baile, y comenzamos a tirar paso con esas mujeres, porque ese rancho estaba era llenito de aquello, ya me entienden... Mejor dicho, un culerío allí que no era normal. Y oiga, quién iba a decir que esa noche tan bonita, noche de sandunga, noche de estrellita coqueta y sapo quejumbroso en la charca, la vida se me iba a ir derecho por el barranco. ¡Quién iba a decir, seño-

res! Y antualito les voy a decir por qué. Cómo les parece que estaba yo en pleno embetune con una negra, me acuerdo bien, porque yo la venía gallina-ceando toda la noche, y entonces, oiga, como en una película, no les miento, la puerta del rancho se abrió que uno diría soplada por un diablo y entró una dama. Qué digo dama, un relincho de mujer que caminaba con zapato de tacón como si flotara sobre el humo de un incendio de zafra o como si fuera a lomos de una culebra mitológica. Esa mujer buscó y buscó la manera hasta que se hizo sacar a bailar de mí. Se llamaba Nubia. Les juro que tiemblo todavía cuando pronuncio esa palabra. Nubia se me embetunaba como si me quisiera borrar y yo por momentos me mariaba y la cabalidad se me escurría por las piernas.

Una semana después ya me había amancebado con ella en su casa de Villarrica, donde Nubia vivía con su mamá y una recua de niños que dizque no eran de ella sino de una hermana que vivía en el extranjero, entonces todos le decían «tía» a Nubia, pero yo sigo con la duda, ésta es la hora que no me lo acabo de embutir. Yo creo que eran todos ícubos, hijos de esa bruja con Satanás. La cosa es que Nubia me obligó a dejar el trabajo, me obligó a vender un pedacito de tierra que tenía a la orilla de El Palo y me dejó sin cinco, luego me obligó a pelearme con mi familia, me obligó a odiar a mis amigos... Por eso no nos volvimos a ver, Miguel. Y pues no hace ni falta que les reviva aquí con pequeñiteces lo que significa ser el concubino de una bruja. Ustedes ya habrán oído cómo es eso. Primero le comen a uno la voluntá, luego la gana, luego la fuerza y luego el se-so: acaba uno sin saber distinguir lo verdadero de lo